



David Seymour

Memoria y violencia política

JOSÉ CARLOS AGÜERO, TAMIA PORTUGAL Y SEBASTIÁN MUÑOZ-NÁJAR*

En los últimos meses, ante la aparición pública del Movimiento por Amnistía y Derechos Fundamentales (Movadef), el país vio “florecer” la memoria referida a los años de violencia política. Todo tipo de personajes y actores políticos mencionaban, incluso desesperadamente, la palabra *memoria*. “¡Hagan memoria!”, se demandó, en especial a los más jóvenes.

Un tema marginal incluso entre los académicos, vinculado básicamente a la agenda de los organismos de derechos humanos (DDHH), de pronto se volvió noticia de actualidad, cada quien usando el término a su medida. En pocas palabras: primó el pedido de un tipo particular de memoria, reactivo y falto de reflexión, que actuó como el reclamo de la pena de muerte ante un riesgo aterrador. Es decir,

la memoria como una especie de política de seguridad. Pero la memoria es bastante más que eso (o puede serlo).

EL FACTOR MOVADef

La prensa mostró dos tipos de universitarios: los que ignoran casi todo sobre la violencia política y Sendero Luminoso (SL) y son incapaces de reconocer siquiera a sus líderes, y los miembros jóvenes del Movadef, que bregan por lograr amnistía para Abimael Guzmán, justifican sus crímenes y reclaman una herencia política que estiman legítima y que no sienten que deba avergonzarlos.¹

La violencia política de fines del siglo pasado no es incluida por estos jóvenes en una narrativa que les sirva para apreciar el valor de vivir en democracia y en paz. Muestran indiferencia hacia el pasado reciente o, lo que es más serio, una aproximación a SL. La debilidad de la transmisión de la memoria trivializa, en una u otra dirección, lo que significó SL para el país. Es un dato más de las clases de Historia (si acaso). Para combatir esta situación, se requiere más memoria ya.

LA CÓMODA MEMORIA DE HOY

Pero ¿qué tipo de memoria están pidiendo los medios de comunicación y los actores políticos? Una memoria vacía de contenido ético, desvinculada de procesos conexos

* Historiador, antropóloga y sociólogo, respectivamente; integran el Grupo Memoria impulsado por el Instituto de Estudios Peruanos (IEP). Las reflexiones sobre los muralistas forman parte de una investigación en curso, “Las memorias en los muros”, de Sebastián Muñoz-Nájar, Vera Ríos y Gabriel Salazar. Las reflexiones en torno a la memoria y el reconocimiento de ciudadanía son parte de la investigación “No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria y consolidación democrática en América de Sur” del IEP, dirigida por Carlos Iván Degregori, próxima a publicarse.

1 Por ello su disposición a mostrarse en entrevistas y reportajes como el de América Televisión recogido en un artículo de *Perú.21*: “La equivocada visión de los jóvenes seguidores del Movadef”. Disponible en: <<http://peru21.pe/2012/01/21/actualidad/equivocada-vision-jovenes-seguidores-movadef-2008437>>.

a los de justicia y reparación. Que no lee el pasado cuestionando los procesos de violencia, sus causas, identificando a sus actores y sus responsabilidades. Menos aún se interroga sobre el uso que se le da hoy a este pasado. Es una memoria que se parece, curiosamente, a la versión positivista de la historia, que pedía que se dejara hablar a los hechos por sí mismos, sin pretender explicaciones o interpretaciones.

Por eso es una memoria cómoda. Porque pueden apelar a ella todos los actores sin necesidad de mirarse a sí mismos ni explorar en sus decisiones pasadas, sus consecuencias y la relación de ese pasado con su quehacer político actual.

Esta memoria cómoda tiene variantes que se han puesto en juego desde hace tiempo en el país. Investigadores como Jo Marie Burt² hablan de la *memoria salvadora*, que se construye omitiendo deliberadamente las violaciones de los DDHH. Esta es la memoria fujimorista, que resalta la pacificación y el heroísmo de las fuerzas del orden y de las autoridades del Poder Ejecutivo.

Otra es la *memoria militar*, que conmemora el sacrificio de las fuerzas de seguridad frente a la amenaza terrorista y se victimiza frente al poder político, que las usó sin asumir su rol dirigente y que no es capaz de asegurarles impunidad.³

La *memoria conservadora* busca encerrar todo lo ocurrido en las décadas de 1980 y 1990 bajo el rótulo de “Época del terrorismo”, lo que pone al margen la responsabilidad de la clase dirigente frente a la crisis y en particular, frente a sus crímenes. En este último ámbito se mueve la derecha, que está dispuesta a admitir que hubo excesos, pero que se niega a aceptar algo más por pensar que es una concesión a la izquierda de hoy. Esta memoria conservadora es la

que comúnmente se expresa en medios de comunicación, y a ella recurren a menudo líderes de opinión, políticos y empresarios.

No hay memoria más cómoda, sin embargo, que la de SL. Han construido un pasado que pretende justificar su guerra como parte de luchas sociales justas, que la entiende como una prolongación válida de la política y que califica crímenes como errores. Como toda guerra tiene costos —dicen—, entonces merecerían comprensión. La memoria de los que pertenecen al Movadef, aunque ellos quieran marcar distancia, es esta mismísima.

Todos estos actores y sus memorias se incomodan ante el relato de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). No aceptan sus conclusiones o seleccionan las partes “correctas”, que les son útiles, y desechan aquellas que los interpelan, atribuyéndole a los comisionados fallas de origen: que eran personas de izquierda, los conservadores; que eran funcionarios del Estado, los senderistas.

¿Escapa a este uso cómodo y estéril de la memoria el sector progresista, incluidos acá los restos de los partidos de izquierda, los intelectuales antes orgánicos, las organizaciones no gubernamentales, los activistas y artistas populares? Colocarse automáticamente en el “lado correcto” del espectro moral, tener conciencia y posesión de los instrumentos de la justicia

2 Jo Marie Burt, *Violencia y autoritarismo en el Perú: bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori*. Lima: IEP y Asociación SER, 2009.

3 Felipe Agüero y Eric Hershberg, entre otros, se refieren a que esto mismo se da en otros países del cono sur. Véase “Las fuerzas armadas y las memorias de la represión en el Cono Sur”. En: Felipe Agüero y Eric Hershberg, compiladores, *Memorias militares sobre la represión en el Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia*. Madrid: Siglo XXI, 2005.



La ciudad y sus monstruos

Seimiek, del colectivo Fumakaka, comenzó a pintar a los catorce años, en 1996. Los monstruosos personajes con que puebla la ciudad nacieron en un contexto de miedo, incertidumbre y desinformación absorbidos en la niñez. Si algo queda de este contexto en su arte, esto sería un rezago inconsciente en la violencia de su trazo y la explosividad de sus colores, indistinguible de la influencia del bizarrismo, la cultura *skate board* y el *punk*. Una transmisión sin programa político que, desde la postura de un testigo de infancia, elabora el miedo mediante el reciclaje de la cultura pop de la época.

transicional,⁴ ¿no les estará quitando la oportunidad de examinar su propia actuación? ¿No les estará impidiendo cuestionar culturas políticas autoritarias, viejos tipos de relación vertical con los afectados y mirar con distancia esas satisfacciones que brinda el pensar que se está haciendo siempre el bien?

CÓMODA Y ADEMÁS, REPRESIVA

Pero en esta coyuntura no solo se han expresado estas formas de *memoria cómoda* o lo que, en un sentido más amplio y comparativo, Todorov⁵ llama *memorias que no se vuelven ejemplares*, que son autorreferenciales. Ante un episodio como el motivado por Movadef, en el que una reacción importante fue el miedo,⁶ asistimos a una especie de ataque de histeria alrededor de la memoria. No hubo sector político, social o religioso que no la invocara: ¡Memoria, ven a salvarnos!

La evidencia de un SL activo, con sus nuevos jóvenes rojos en las universidades públicas, dio lugar a esa ansiedad. Este es el peligro que, se espera, podrá conjurar la

memoria invocada. No importa si quienes la demandan formaron parte de gobiernos que también violaron los DDHH.

La memoria cómoda se torna incluso represiva —policíaca, podría decirse también— y justifica, por ejemplo, el trabajo periodístico de ubicar a profesores ex senderistas en el magisterio.⁷ No se piensa en que, así usada, la memoria refuerza estigmas; no ayuda a procesar experiencias y excluye. ¿Deben trabajar en la educación pública los profesores que salieron de la cárcel? ¿Debemos repetir que las universidades públicas forman “bárbaros antisistema”, fortaleciendo el

4 Esta justicia “(...) abarca toda la variedad de procesos y mecanismos asociados con (...) resolver los problemas derivados de un pasado de abusos a gran escala, para que los responsables rindan cuentas de sus actos, servir a la justicia y lograr la reconciliación”. Secretaría General de las Naciones Unidas, *El Estado de derecho y la justicia de transición en las sociedades que sufren o han sufrido conflictos*. Informe al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, 3 de agosto del 2004. El sistema penal está concebido para atender excepciones a la regla —esto es, los delitos—; en una situación posconflicto o posdictadura, este se ve desbordado. Mecanismos frecuentes de justicia transicional son: comisiones de la verdad, museos de memoria, planes de reparación, entre otros.

5 Tzvetan Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*. Barcelona: Península, 2002.

6 Compartimos en cierto modo la apreciación de la historiadora Cecilia Méndez, quien señala que el miedo explica la unanimidad del rechazo a la inscripción del Movadef como partido político (Cecilia Méndez, “¿Democracia o miedo?”, *Ideele* 215, Lima, diciembre del 2011). Algo de razón tiene, aunque reducir la motivación de los actores al miedo puede encubrir la voluntad de hacer un uso racional y calculado de la ansiedad refleja de la mayoría de peruanos con fines estrictamente políticos.

7 Reportaje del programa de televisión “Sin medias tintas” que identifica a catorce profesores ex presos o firmantes de planillones del Movadef. Citado en *Correo*, Lima, 21 de febrero del 2012.

8 Véase Martín Tanaka, “Memoria y Movadef”, *La República*, Lima, 29 de enero del 2012.

Las memorias en los muros

En un contexto poco reflexivo, se supone que la memoria de los jóvenes es homogénea, desinformada, pasiva y manipulable. Pasa con los muralistas, de quienes se suele pensar que están motivados por una sola estética y un propósito único. Nada menos cierto. Su talento compone muchas representaciones del pasado, que forman parte de una animada discusión generacional (“Las memorias en los muros”, cit.).

Memoria activista

Jorge Miyagui, del Museo Itinerante Arte por la Memoria, recuerda que durante la década de 1980 su experiencia en relación con el CAI estuvo marcada por la desinformación y el miedo. Su paso por la universidad lo abrió a la indignación y el reclamo. Nació entonces su proyecto de democratizar la cultura peruana desde el arte. Experimentó con figuras de la animación japonesa, la cultura chicha, la religiosidad andina y la violencia con el objetivo de crear imágenes del país en las que los peruanos puedan reconocerse en toda su conflictiva diversidad. Su obra está inscrita en un proyecto político de “democracia radical” y educación ciudadana.



Memoria activista: local de la Federación Popular de Mujeres (Fepomuves), en Villa El Salvador, Lima, coordinado por la brigada muralista en el marco del Foro de la Cultura Solidaria con la participación de distintos artistas y organizadores sociales.

prejuicio, sin matizar ni conocerlas en profundidad?⁸ Quizá la pregunta deba ser cómo podemos evaluar si la escuela produce ciudadanos. En vez de la exclusión como campaña, fortalezcamos

las políticas públicas sin discriminar de partida, por el origen, a nadie.

Las memorias que hemos descrito tienen en común que omiten o tergiversan con fines políticos. Este mecanismo refuerza la

Una memoria oficial

Olfer Fernández milita en el Movadef. Su trabajo se originó como estudiante de la Escuela de Bellas Artes, pero maduró el 2007 cuando se internó en Huanta para recoger experiencias sobre el CAI, que plasmó el año 2010 en “Huanta. Murales por la Memoria”. Olfer produce representaciones del pasado en las que busca compartir los testimonios que escuchó y los compromisos que asumió durante su etapa universitaria en murales que abogan por la amnistía general.



Mural de Olfer en el distrito de Benito Juárez, Argentina.

exclusión de los que sufrieron más duramente los efectos de la violencia, pues subordina el esclarecimiento de la verdad y la proyección de sus consecuencias en el presente a los intereses de los grupos de poder. No todos tenemos la misma capacidad de colocar nuestros discursos en la primera línea ni de cargarlos del mismo prestigio. Una memoria cómoda, y finalmente utilitaria, puede acabar dejando las cosas como están; esto es, con personajes fuera del cuento, con peruanos fuera de la historia, sedientos de reconocimiento.

MÁS ALLÁ DE LA HISTERIA: LOS PROCESOS SILENCIOSOS DEL RECONOCIMIENTO DE CIUDADANÍA

En paralelo a aquello que los medios ‘levantan’, en distintas zonas del país se recuerda. Se recuerda porque es inevitable evocar sucesos tan violentos como los vividos durante el tiempo del conflicto armado interno (CAI). Se recuerda porque comunidades enteras están reconstruyéndose prácticamente de la nada, buscando formas de articularse

a las corrientes de desarrollo que vive el país, en un apogeo económico que los ha olvidado. Se recuerda además porque, aunque de manera distinta, la violencia continúa. Piénsese en el VRAE, por ejemplo. Pero sobre todo se recuerda porque hay sectores que todavía niegan que la violencia haya ocurrido en las dimensiones en que se dio. Los extremos —Movadef, fujimoristas— se encuentran, instrumentalizando la memoria al postular el “olvido” para lograr impunidad o amnistías.

Un ejemplo que condensa los motivos para recordar es lo vivido en el centro poblado de Putis (San José de Secce, Huanta, Ayacucho). Allí, el 13 de diciembre de 1984 una patrulla militar asesinó a más de ciento veinte ciudadanos que cavaron su fosa común. El pretexto de los militares fue que sería una piscigranja que llevaría desarrollo a su pueblo. Luego de esa matanza, sus habitantes se convirtieron en desplazados y las comunidades de la zona quedaron despobladas más de diez años (1984-1997).

En el presente, hombres y mujeres van y vienen de sus tierras buscando reconstruir el tejido social, político y económico de sus comunidades. Putis limita con la selva; una carretera incompleta lo aísla en lugar de comunicarlo, y por ello se convierte en zona de paso de mochileros que forman parte del circuito del tráfico de drogas, escoltados por senderistas del VRAE.

Rafael Rey, representante habitual de la manipulación de la memoria, siendo ministro de Defensa, en septiembre del 2010 declaró a la periodista Rosa María Palacios que esa matanza “no está demostrada” y que “no es un delito de lesa humanidad”. Sus palabras contrastan con los hallazgos del Equipo Peruano de Antropología Forense: en las fosas de Putis se hallaron 92 cuerpos que pudieron identificarse, entre ellos 48 menores de edad, 38 de estos últimos menores de diez años, asesinados “en el ataque de un grupo armado contra un grupo desarmado”, además de que “todos los casquillos hallados (...) tenían la inscripción FAME [Fábrica de Armas y Municiones del Ejército]”.

LUGARES DE MEMORIA:

LUGARES DE RECONOCIMIENTO

Ante las afirmaciones que postulan que nada o poco pasó, se encuentran varios intentos de grabar en las conciencias que todo eso efectivamente ocurrió. Los lugares de memoria en diversas localidades afectadas del país⁹ se muestran como un modo particular de expresar la necesidad de resolver la persistente inequidad en el acceso a ciudadanía. A través de esos lugares se evoca no solo la devastación que produjo el CAI; se recuerda también que esta inequidad de acceso a derechos no es nueva y que un gran sector del país aún no tiene la categoría de ciudadano de “primera clase”. Todo eso puede condensarse como una exigencia de *reconocimiento*: reconocimiento de los hechos, de la necesidad de reparaciones, pero sobre todo de que es preciso insertar a aquellas víctimas (en su mayoría campesinos andinos quechuahablantes) dentro del mapa del desarrollo del país.

9 Algunos de ellos: Museo de la Memoria de Anfasep, Murales y museo de Putacca, Casa de la Memoria de Huanta, El ojo que llora de Toraya (Apurímac), Museo de la Memoria de Huancavelica, etc. Más lugares de memoria nacionales en: <<http://espaciosdememoria.pe/index2.html>> (Para que no se repita).



Museo de la Memoria de Anfasep "Para que no se repita". (Foto: Renzo Aroni)

Todos estos lugares, además, se construyen en paralelo a las formas tradicionales de recordar: en las comunidades la memoria se activa y transmite a través de música,¹⁰ retablos,¹¹ tablas de Sarhua,¹² rumores¹³ o sueños¹⁴, que demuestran que los museos y monumentos son en realidad solo uno de los tantos lenguajes posibles para anclar y transmitir los recuerdos.

Esto nos lleva a preguntarnos cómo así se implementan estos museos y monumentos en las comunidades: se construyen generalmente a partir de iniciativas de organizaciones no gubernamentales, pero son aceptados, negociados y adoptados por la población más afectada. A través de ellos, esta población encuentra la oportunidad de utilizar el lenguaje de la memoria de quienes toman las decisiones,

para comunicar que sus pérdidas aún no han sido reparadas. El objetivo es llamar la atención sobre sus necesidades del presente: "Así para que nos vean también,

10 Jonathan Ritter, "Cantando se recuerdan. Historia de una música testimonial", *Cuestión de Estado* n.º 32, Lima, 2003, pp. 80-82.

11 María Eugenia Ulfe, *Cajones de la memoria. La historia reciente del Perú a través de los retablos andinos*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011.

12 Olga González, *Unveiling secrets of war in the Peruvian Andes*. Chicago: University of Chicago Press, 2011.

13 Valerie Robin, "'Con San Luis nos hemos hecho respetar'. La guerra, el santo y sus milagros: hacia la construcción de una memoria heroica de la guerra en Huancapi", ponencia presentada en el Seminario del Grupo Memoria, Ayacucho, Perú, 2011.

14 Arianna Cecconi, "Parecía todo un sueño...", *Argumentos*, año 2, n.º 3, septiembre del 2008. Disponible en: <http://web.revistargumentos.org.pe/index.php?fp_cont=1047 ISSN 2076-7722>.

cómo ahora estamos viviendo. Sin nada hemos quedado..." (Saturna Curo, Putis).

Cuando las comunidades adoptan este lenguaje, empatan con una de las pocas iniciativas promovidas desde el Estado: Yuyanapaq, exposición fotográfica de la CVR, que también le habla a un público indiferente, poco informado o negacionista. Ambas exigen miradas incluyentes, aunque con interesantes diferencias. Yuyanapaq usa imágenes sublimadas que llaman la atención a un nivel sensorial, buscando generar empatías entre memorias que se confrontan, tratando de encontrar el fondo común de haber vivido, todos nosotros, en todos sus grados, la violencia del conflicto. En las comunidades, las víctimas llaman la atención sobre lo concreto de su dolor y su pérdida con retratos vívidos de la crueldad a la que estuvieron expuestas. El mural de la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (Anfasep) es una muestra clara de ello.

LOS DESENLACES DEL RECUERDO

Mientras en las comunidades ocurre este complejo proceso: recordar, transmitir recuerdos, adoptar el lenguaje de la memoria "occidental" y buscar reconocimiento, en Lima cada vez que el Lugar de la Memoria mueve una de sus piedras, se abren polémicas mediáticas que poco o nada tienen que ver con las preocupaciones de los más afectados por el conflicto.

Aun sin construirse, el Lugar de la Memoria ha sido varias veces protagonista de las citadas *histerias de memoria* mediáticas, incluso con voces que postulan que en el país *no se quiere recordar*. Antes de asumir esas posturas habría que reconocer que es

imposible no recordar, y luego reflexionar sobre cuál debería ser entonces el propósito de evocar las difíciles vivencias de esos años. Quizá la memoria que se desea evadir es aquella que se basa en el recuerdo constante sin un correlato de políticas de reconocimiento ciudadano. Sin eso, la memoria se vuelve solo un ejercicio de dolor.

Quizá por eso los discursos que condenan a las ONG como instituciones que simplemente reabren heridas encuentran eco, pues más allá de los esfuerzos de remover conciencias exponiendo públicamente la memoria de los más afectados, no se han propuesto modos reflexivos de acercarnos como nación a la comprensión de la complejidad de todas las dimensiones del conflicto. La memoria se convierte entonces en un bien que genera mayor prestigio, espacios para exponer buenas intenciones o, desde otras instancias (Movadef, fujimorismo), para lograr la impunidad de actores implicados en delitos de lesa humanidad.

El propósito de recordar tendría que atarse al acceso a la ciudadanía y a asumir lecciones sobre la necesidad del respeto irrestricto a los DDHH. Después de tanta histeria alrededor de la memoria, ¿qué tanto ha cambiado ese sentido común violento, de cultura política confrontacional, destructiva y de ninguneo que en su momento expuso, en su grado máximo, el conflicto? La memoria debiera apuntar a aquello que las comunidades buscan evidenciar: no se trata solo del dolor, se trata de reconocimiento, se trata de que a partir de lo vivido es necesario evaluar nuestros modos de relacionarnos, abrir espacios de reclamo por ciudadanía, encontrar caminos para la reconstrucción, dentro de un país en el que sus ciudadanos se valoren los unos a los otros en toda su diversidad. ■